

F1219
C6172
v.2

HISTORIA ANTIGUA

DE

MÉXICO Y DE SU CONQUISTA

DIVIDIDA EN DIEZ LIBROS: ADORNADA CON MAPAS Y ESTAMPAS

Y ILUSTRADA CON DIBUJOS

POR LA TERCERA VEZ REVISADA Y CORREGIDA POR

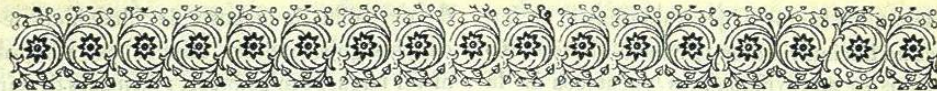
FRANCISCO DE CALVO

Y

por D. Joaquín de Mont...



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ



HISTORIA ANTIGUA

DE

MÉXICO.



LIBRO OCTAVO.



Llegada de los españoles á las costas de Anáhuac. Inquietudes, embajadas y regalos del rey Moteuczoma. Confederacion de los españoles con los totonacas; su guerra y alianza con los tlaxcaltecas; su severidad con los cholultecas, y su solemne entrada en México. Noticia de la célebre india Doña Marina. Fundacion de Veracruz, primera colonia de los españoles.



PRIMEROS VIAJES DE LOS ESPAÑOLES A LAS COSTAS DE ANAHUAC.

Los españoles, que en el año de 1492 habían descubierto el Nuevo-Mundo, guiados por el famoso genoves Cristóbal Colon, y sometido en pocos años á la corona de Castilla las principales islas Antillas, salian de ellas con frecuencia para descubrir nuevos países, y para cambiar las bujerías de Europa por el oro americano. Entre otros zarpó el año de 1517 del puerto de Ajaruco (hoy Habana) Francisco Hernandez de Córdoba, con ciento diez soldados, y dirigiéndose hácia Poniente, por consejo de Antonio de Alaminos, uno de los mas espertos y famosos pilotos de aquel tiempo, y doblando despues hácia el Sur, descubrió á principios de marzo el cabo oriental de la

península de Yucatan, que llamó cabo Cochoche. Costearon los españoles una parte de aquel país, admirando los bellos edificios y altas torres que descubrían desde el mar (1), y los trages de diversos colores que

(1) Robertson dice que los españoles "pusieron pié en tierra, é internándose en el país de Yucatan, observaron con admiracion grandes casas de piedra." Así habla del viaje de Hernandez; pero pocas páginas ántes, hablando del de Grijalva, dice así: "Había muchos pueblos esparcidos por la costa, en la que vieron los españoles casas de piedra, que á cierta distancia parecían blancas y soberbias. En el calor de la imaginacion se figuraron que eran ciudades adornadas con torres y cúpulas." Entre todos los historiadores de México que he leído, no he hallado uno que diga que los españoles se imaginaron ver cúpulas

usaban los indios; objetos que hasta entonces no habían visto en el Nuevo-Mundo. No ménos se maravillaban los yucatecos de la forma, del tamaño y del aparato de sus buques. En dos puntos en que desembarcaron los españoles, tuvieron dos encuentros con los indios; y en ellos, y en otras desgracias que les sobrevinieron, perdieron la mitad de sus soldados, y el mismo capitán recibió doce heridas, que en pocos días le ocasionaron la muerte. Regresaron apresuradamente á Cuba, y encendieron, con su relación y con algun oro que trajeron por muestra, robado en un templo de Yucatan, la codicia de Diego Velasquez, uno de los conquistadores, y á la sazón gobernador de aquella isla; de modo que al año siguiente, envió á su pariente Juan de Grijalva, con cuatro buques, y doscientos cuarenta soldados. Este comandante, despues de haber reconocido la isla de Cozumel, distante pocas millas de la costa oriental de Yucatan, costeó todo el país que media hasta el río Pánuco, cambiando cuentas de vidrio y otras bagatelas, con el oro que tanto ansiaba, y con los víveres de que tenían gran necesidad.

Cuando llegaron á la islilla que llamaron San Juan de Ulúa (1), distante poco mas

en Yucatan. Esto ha salido de la cabeza de Robertson, y no de la de los españoles. Estos creyeron ver torres y casas grandes, como en efecto las vieron, porque los templos de Yucatan, como los de Anáhuac, estaban fabricados á guisa de torres, y algunos eran muy altos. Bernal Diaz, escritor sincerísimo, y testigo ocular de cuanto ocurrió á los españoles en los primeros viajes á Yucatan, cuando habla del desembarco que hicieron en la costa de Campeche, dice así: "Nos condujeron los indios á ciertas casas muy grandes y bien edificadas de piedra y cal." Así que, no solo vieron de lejos los edificios, sino tan de cerca, como que entraron en ellos. Siendo tan comun en aquellos pueblos el uso de la cal, no es extraño que se sirviesen de ella para blanquear las casas. Véase lo que digo acerca de esto en el libro VII de mi Historia. Lo que yo no puedo entender, es que una casa que no está blanqueada, pueda aparecer blanca desde lejos.

(1) Dieron á la isla el nombre de San Juan, por que la descubrieron el día de aquel santo, y por que

de una milla de la costa de Chalchiuhcuecan, los gobernadores mexicanos, atónitos al ver buques tan grandes, y hombres de tan estraña figura y trage, consultaron entre sí lo que debian hacer, y decidieron ir en persona á la corte, para dar cuenta al rey de una novedad tan estraordinaria: y á fin de darle ideas mas exactas, hicieron representar por sus pintores los buques, la artillería, las armas, la ropa y el aspecto de aquella nueva gente, y sin tardanza partieron á la capital, y espusieron verbalmente al rey lo ocurrido, presentándole las pinturas, y algunas cuentas de vidrio que los españoles les habían dado. Turbóse Moteuczoma al oír aquellas nuevas; y para no precipitar su resolución en negocio tan grave, consultó con Cacamatzin, rey de Acolhuacan, su sobrino, con Cuitlahuatzin, señor de Izta-palapan, su hermano, y con otros doce personajes, sus consejeros ordinarios. Despues de una larga conferencia, fué opinion de todos, que el que se habia presentado en aquellas playas con tanto aparato, no podia ser otro que el dios del aire Quetzalcoatl, á quien ya desde muchos años esperaban; pues era antigua tradicion de aquellas naciones, como ya en otra parte he dicho, que el dios del aire, despues de haberse gran-gelado la veneracion de los pueblos de Tullan, Cholula y Onohualco, con su inocente vida y singular beneficencia, habia desaparecido de entre ellos, prometiéndoles ántes volver al cabo de algun tiempo, para regirlos en paz, y hacerlos felices. Los reyes se creian vicarios de aquel númen, y depositarios de la corona, que deberian cederle cuando se presentase. Aquella tradicion inmemorial; algunas circunstancias que ob-

este era el nombre de su comandante: el de Ulúa, porque habiendo encontrado en ella dos víctimas humanas recién sacrificadas, y preguntado por señas la causa de aquella inhumanidad, respondieron los indios *Acolhua*, *Acolhua*, dando á entender que lo hacian por orden de los Mexicanos, que como todos los pueblos del valle, eran llamados Acolhuas por los indios remotos de la capital. En esta islilla hay actualmente una buena fortaleza que defiende la entrada del puerto de Veracruz.

servaron en los españoles, conformes con las que su mitología atribuía á Quetzalcoatl; las estraordinarias dimensiones de los buques, comparadas con las de sus barcas y canoas; el estrépito y violencia de la artillería, tan semejantes á las de las nubes, los indujeron á creer que no podia ser otro que el dios del aire el que se aparecía en las costas con el terrible aparato de relámpagos, rayos y truenos. Lleno de esta creencia, mandó Moteuczoma á cinco personajes de su corte, que pasasen inmediatamente á Chalchiuhcuecan, á felicitar á la supuesta divinidad por su feliz llegada, en su nombre y en el de todo el reino, y á llevarle al mismo tiempo como homenaje, un rico presente; mas ántes de enviarlos, dió orden á los gobernadores de las costas que pusiesen centinelas en los montes de Nauhtlan, Quauhtla, Mictlan y Tochtlan, para que observaran los movimientos de la escuadra, y diesen pronto aviso á la corte de lo que ocurriese. Los embajadores mexicanos no pudieron, á pesar de su diligencia, alcanzar á los españoles, los cuales, habiendo hecho sus negocios en aquellas playas, siguieron costeando hasta el río Pánuco, de donde volvieron á Cuba, con diez mil pesos en oro, adquiridos en parte con la venta de las bujerías, y en parte con un gran regalo que habia hecho al comandante un señor de Onohualco.

CARACTER DE LOS PRINCIPALES CONQUISTADORES DE MEXICO.

Mucho pesó al gobernador de Cuba que Grijalva no hubiese establecido una colonia en aquel nuevo país, que todos pintaban como el mas rico y dichoso del mundo: por lo que, á toda prisa mandó alistar otro armamento mas considerable, cuyo mando pidieron á porfía muchos colonos de los principales de aquella isla; mas el gobernador, por consejo de dos de sus confidentes, lo encargó á Hernán ó Fernando Cortés, hombre de noble extracción, y bastante rico para poder soportar con su capital y con el auxilio de sus amigos, una buena parte de los gastos de la empresa.

Nació Cortés en Medellín, pequeña ciudad de Estremadura, el año de 1485. Por parte de padre era Cortés y Monroy, y por el lado materno, Pizarro y Altamirano, habiéndose reunido en él la sangre de los cuatro linajes mas ilustres y antiguos de aquella ciudad. Enviáronlo sus padres á la edad de catorce años á Salamanca, para que aprendiendo en aquella famosa universidad la latinidad y la jurisprudencia, pudiera ser útil á su casa, que se hallaba muy decaída de su antigua riqueza; pero apenas estuvo allí algunos días, cuando su genio emprendedor y belicoso lo apartó del estudio, y lo llevó al Nuevo-Mundo, en pos de muchos ilustres jóvenes de su nacion. Acompañó á Diego Velasquez en la conquista de la isla de Cuba, donde adquirió bienes, y se gran-gegó mucha autoridad. Era hombre de gran talento y destreza, valeroso, hábil en el ejercicio de las armas, fecundo en medios y recursos para llegar al fin que se proponía, sumamente ingenioso en hacerse respetar y obedecer aun de sus iguales, magnánimo en sus designios y en sus acciones, cauto en obrar, modesto en la conversacion, constante en las empresas y paciente en la mala fortuna. Su celo por la religion no fué inferior á su constante é inviolable fidelidad á su soberano; pero el esplendor de estas y otras buenas calidades, que lo elevaron á la clase de los héroes, fué eclipsado por otras acciones indignas de la grandeza de su ánimo. Su desordenado amor á las mugeres, ocasionó algun desarreglo en sus costumbres, y ya en tiempos anteriores le habia acarreado graves disgustos y peligros. Su demasiada obstinacion y ahinco en las empresas, y el temor de menoscabar sus bienes, le hicieron á veces faltar á la justicia, á la gratitud y á la humanidad; pero ¿dónde se vió jamas un caudillo conquistador formado en la escuela del mundo, en quien no se equilibrasen las virtudes con los vicios? Cortés era de buena estatura, de cuerpo bien proporcionado, robusto y ágil. Tenia el pecho algo elevado, la barba negra, los ojos vivos y amorosos. Tal es el re-

trato que del famoso Conquistador de México nos han dejado los escritores que lo conocieron.

Cuando se vió honrado con el cargo de general de la armada, se aplicó con la mayor diligencia á preparar su viaje, y empezó á tratarse como gran señor, tanto en su porte como en su servicio, convencido de que estas exterioridades son eficaces para deslumbrar al vulgo, y dar autoridad al que las emplea. Tremoló inmediatamente el estandarte real á la puerta de su casa, y mandó publicar un bando en toda la isla para alistar soldados. Concurrieron á porfia á ponerse bajo su mando los hombres principales de aquel pais, tanto por su nacimiento, como por sus empleos: de cuyo número fueron Alfonso Hernandez de Portocarrero, primo del conde de Medellin; Juan Velasquez de Leon, pariente inmediato del gobernador; Diego Ordaz, Francisco de Montejo, Francisco de Lugo, y otros cuyos nombres se verán en el curso de esta Historia. Mas entre todos merecen particular mencion Pedro de Alvarado, de Badajoz, Cristóval de Olid, de Baeza en Andalucía, y Gonzalo de Sandoval, de Medellin, por haber sido los primeros comandantes de las tropas empleadas en aquella conquista, y los que mas papel hicieron en ella: los tres eran guerreros distinguidos, animosos, duros en los trabajos de la guerra, peritos en el arte militar; pero de harto diferente carácter. Alvarado era un jóven bien formado y agilísimo, rubio, gracioso, festivo, popular, dado al lujo y á los pasatiempos, sediento del oro que necesitaba para mantener su ostentacion, y segun afirman los primeros historiadores, poco escrupuloso en el modo de adquirirlo; inhumano ademas, y violento en su conducta. Olid era menbrudo, torvo y de dobles intenciones. Uno y otro hicieron grandes servicios á Cortés en su conquista; mas despues fueron ingratos, y tuvieron un trágico fin. Alvarado murió en la Nueva-Galicia, bajo el peso de un caballo que se precipitó de un monte. Olid fué decapitado por sus enemigos en la pla-

za de Naco, en la provincia de Honduras. Sandoval, jóven de buena cuna, apénas tenia veintidos años cuando se enganchó en la expedicion de su compatriota Cortés. Era de proporcionada estatura, de complexion robusta, de cabello castaño y rizado, de voz fuerte y gruesa, de pocas palabras, y de grandes acciones. A él fué á quien Cortés encargó las operaciones mas arduas y peligrosas, y de todas salió con honor. En la guerra contra los Mexicanos, mandó una parte del ejército español, y en el asedio de la capital tuvo bajo sus órdenes mas de treinta mil hombres, mereciendo siempre con su buena conducta la amistad de su general, el respeto de los soldados, y el afecto de sus mismos enemigos. Fundó la colonia de Medellin en la costa de Chalchiuhcuecan, y la del Espíritu Santo en las orillas del rio Coatzacoalco. Fué comandante del presidio de Veracruz, y por algun tiempo gobernador de México, y en todos sus empleos dió repetidos testimonios de su equidad. Fué constante y asiduo en el trabajo, obediente y fiel á su general, benigno para con los soldados, humano para con sus enemigos (1), y enteramente libre del comun con-

(1) Robertson echa la culpa á Sandoval del espantoso ejemplo de severidad hecho en los panuqueses, cuando los españoles quemaron sesenta señores y cuatrocientos nobles, á vista de sus hijos y parientes: y en favor de esta opinion cita el testimonio de Cortés y de Gomara; pero Cortés no afirma que Sandoval ejecutase aquel castigo, y ni aun lo nombra. Bernal Diaz, cuya autoridad en este punto vale mas que la de Gomara, dice que habiendo Sandoval vencido á los panuqueses, y hecho prisioneros á veinte señores, con algunas otras personas notables, escribió á Cortés preguntándole lo que habia de hacer con ellos: que Cortés, para justificar su castigo, cometió el proceso á Diego de Ocampo, juez de aquella provincia, el cual, oida la confesion de los reos, los condenó al suplicio del fuego, que en efecto fué ejecutado. Bernal Diaz no cita el número de los reos. Cortés dice que fueron quemados cuatrocientos, entre señores y gente principal. Este castigo fué sin duda escetivo y cruel; pero Robertson, que tan amargamente se lo echa en cara á los españoles, debería, para proceder con imparcialidad, declarar los motivos que estos tuvieron para obrar con tanto rigor. Los panuqueses, despues de haberse sometido á la corona de España, sacudie-

tagio de la avaricia. Para decirlo en pocas palabras, no hallo en toda la serie de los conquistadores un hombre mas perfecto, ni mas digno de elogio; pues ninguno hubo entre ellos que supiese mejor que él reunir el ardor juvenil con la prudencia, el valor y la intrepidez con la humanidad, el comediamento con el mérito, y la modestia con la fortuna. Murió en la flor de la edad, en un pueblo de Andalucía, cuando se dirigia á la corte en compañía de Cortés: hombre ciertamente digno de mejor suerte, y de vida mas larga.

ARMADA Y VIAJE DE CORTES.

Ya estaban hechos casi todos los preparativos del viaje, cuando el gobernador de Cuba, cediendo á las sugestiones y manejos de los enemigos de Cortés, revocó la comision que le habia dado, y mandó prenderlo; pero los que fueron encargados de esta orden, no se atrevieron á ponerla en ejecucion, viendo tantos hombres respetables y animosos, empeñados en sostener el partido del nuevo general: así que, Cortés, que no solo habia gastado en los preparativos todo su capital, sino que habia contraido grandes deudas, retuvo el mando á despecho de sus enemigos, y teniendo ya ordenada su expedicion, zarpó del puerto de Ajaruco á 10 de febrero del año de 1519. Componíase su armada de once bajeles; de cincuenta y ocho soldados, distribuidos en once compañías; de ciento nueve marineros; de diez y seis caballos; de diez cañones y de cuatro falconetes. Navegaron bajo la direccion del piloto Alaminos, hasta la isla de Cozumel, donde recobraron al diácono español Gerónimo de Aguilar, que viajando algunos años antes, del Darien á la isla de Santo Domin-

ron el yugo, tomaron las armas y alborotaron toda la provincia; mataron cuatrocientos españoles, de los cuales cuarenta fueron quemados vivos en una casa, y comieron los cadáveres de los demas. Estas atrocidades no justifican á los españoles, pero hacen menos odiosa su severidad. Robertson leyó en Gomara los atentados de los panuqueses y la venganza de los españoles; pero exagera esta, y omite aquella.

go, habia naufragado en las costas de Yucatan, y habia sido hecho esclavo de los indios; el cual, noticioso de la llegada de los españoles, obtuvo de su amo la libertad, y se agregó á la expedicion. Con el largo trato de los yucatecos, habia aprendido la lengua maya, que era la que se hablaba en aquellos paises; por lo que Cortés lo hizo su intérprete.

VICTORIA DE LOS ESPAÑOLES EN TABASCO.

De Cozumel procedieron costeano la península de Yucatan, hasta el rio de Chiapa, en la provincia de Tabasco, por el cual se internaron en el pais, con los botes y buques mas pequeños, hasta llegar á un palmar, donde desembarcaron con el pretesto de buscar agua y víveres. De allí se dirigieron hácia una gran villa, que distaba apénas dos millas de la costa, combatiendo á cada paso con una multitud de indios, que con flechas, dardos y otras armas, les cerraban el paso, y superando las estacadas que habian formado para su defensa. Dueños finalmente los españoles de la villa, salian de ella con frecuencia, para hacer correrías en los lugares vecinos, en los cuales tuvieron algunos encuentros peligrosos, hasta que el 25 de marzo se empeñó una batalla campal y decisiva. Dióse esta en las llanuras de Centla, villa poco distante de la ya mencionada. El ejército de los tabasqueños era muy superior en número; pero á pesar de su muchedumbre, fueron completamente vencidos, por la mejor disciplina de los españoles, la superioridad de sus armas, y el terror que inspiraron á los indios la grandeza y la fogaosidad de sus caballos. Ochocientos tabasqueños quedaron muertos en el campo de batalla; los españoles tuvieron un muerto, y mas de sesenta heridos. Esta victoria fué el principio de la felicidad de los españoles, y en su memoria fundaron despues allí una pequeña ciudad, con el nombre de la *Virgen de la Victoria* (1), que por mucho tiempo fué

(1) La ciudad de la Victoria se despobló enteramente hácia la mitad del siglo pasado, de resultas de las frecuentes invasiones de los ingleses. Fundóse despues á mayor distancia del mar otra pequeña ciudad.

la capital de la provincia. Procuraron justificar su hostilidad con las reiteradas protestas que, ántes de venir á las manos, hicieron á los tabasqueños, de no haber venido á aquel pais como enemigos, ni con intenciones de hacer daño, sino como navegantes que deseaban adquirir, con el cambio de sus mercancías, todo lo que necesitaban para continuar su viaje; á cuyas protestas respondieron los indios con una lluvia de flechas y dardos. Tomó Cortés solemne posesion del pais, en nombre de su soberano, con una estraña ceremonia, conforme á los usos y las ideas caballerescas de aquel siglo: embrazó la rodela, desenvainó la espada, y dió con ella tres golpes en el tronco de un árbol que estaba en la villa principal, protestando que si alguno osaba oponerse á aquella posesion, él estaba pronto á defenderla con su acero.

Para consolidar el dominio de su rey, convocó á los señores de aquella provincia, y los persuadió á tributarle obediencia, y á reconocerlo como su legítimo señor; y para darles mas alta idea del poder de aquel monarca, mandó disparar un cañon, y les hizo creer que los relinchos de los caballos eran muestras de su enojo contra los enemigos de los españoles. Todos se mostraron dóciles á las proposiciones del vencedor, y escucharon con admiracion y agradecimiento las primeras verdades de la religion cristiana, que les declaró, por medio del intérprete Aguilar, el P. Bartolomé de Olmedo, religioso docto y ejemplar de la órden de la Merced, y capellan de la armada. Presentaron despues á Cortés, en señal de su sumision, algunas frioleras de oro, trages de tela gruesa, que era la única que se usaba en aquella provincia, y veinte esclavas que fueron distribuidas entre los oficiales de la espedicion.

NOTICIA DE LA FAMOSA INDIA DOÑA MARINA.

Entre ellas habia una doncella noble, hermosa, de mucho ingenio y de gran espíritu, que llamaron Villa Hermosa; pero la capital de aquella provincia, y la residencia del gobernador, es *Tlacotalpan*.

natural de Painala, pueblo de la provincia mexicana de Coatzacualco (1). Su padre habia sido feudatario de la corona de México, y señor de muchos pueblos. Habiendo quedado viuda su madre, se casó con otro noble, de quien tuvo un hijo. El amor que los dos esposos profesaban á este fruto de su union, les sugirió el infucio designio de fingir la muerte de la primogénita, á fin de que toda la herencia pasase al hijo. Para dar color á su mentira, habiendo muerto á la sazón la hija de una de sus esclavas, hicieron el duelo como si la muerta fuese su propia hija, y entregaron esta clandestinamente á unos mercaderes de Xicalanco, ciudad situada en los confines de Tabasco. Los xicalancos la dieron ó la vendieron á los tabasqueños sus vecinos, y estos la presentaron á Cortés, estando muy léjos de pensar que aquella jóven debia contribuir tan eficazmente á la conquista de aquellos paises. Sabia, ademas de la lengua mexicana, que era la suya, la maya que se hablaba en Yucatan y en Tabasco, y en breve aprendió tambien la española. Instruida en poco tiempo en los dogmas de la religion cristiana, fué bautizada solemnemente con las otras esclavas, y recibió el nombre de Marina (2). Fué constantemente fiel á los españoles, y no se pueden encomiar bastante los servicios que les hizo; pues no so-

[1] En una historia MS, que se conservaba en el colegio de San Pedro y San Pablo de jesuitas de México, se leia que Doña Marina era natural de Huilotla, pueblo de Coatzacualco. Gomara, á quien siguieron Herrera y Torquemada, dice que nació en Xalisco, y que de allí la llevaron los mercaderes á Xicalanco; mas esto es falso, pues Xalisco dista de Xicalanco mas de novecientas millas, y no se sabe, ni es verosímil que haya habido comercio entre provincias tan distantes. Bernal Diaz, que vivió largo tiempo en Coatzacualco, y conoció á la madre y al hermano de Doña Marina, confirma la verdad de mi noticia, y dice que lo supo de su misma boca. A esto se añade la tradicion conservada hasta ahora en Coatzacualco, conforme á lo que he dicho.

(2) Los Mexicanos, adaptando á su idioma el nombre de Doña Marina, la llaman *Malintzin*, de donde viene el nombre de Malinche, con que es conocida por los españoles de México.

LLEGADA DE LOS ESPAÑOLES A CHALCHIHUECAN.

Asegurada la tranquilidad de los Tlaxcaltecas, y conociendo Cortés que no podia sacar mucho oro de aquel pais, resolvió continuar su viaje para buscar otro mas rico; pero acercándose el domingo de Ramos, quiso dar á los Tlaxcaltecas, ántes de separarse de ellos, alguna idea de la santidad de la religion cristiana. Celebróse aquel dia la santa misa con el mayor aparato que se pudo, se bendijeron los ramos, y se hizo una solemne procesion con la música militar, á la que asistieron atónitos y edificados aquellos gentiles, quedando desde entónces en sus corazonces la semilla de la gracia, que iba á germinar y fructificar en época mas conveniente.

Terminada la funcion, y dada la despedida á los señores de Tabasco, se puso en camino la armada, y dirigiéndose hácia Poniente, despues de haber costeado la provincia de Coatzacualco, y atravesando la boca del rio Papaloapan, entró en el puerto de San Juan de Ulúa el jueves santo, 21 de abril. Apénas habian echado el ancla, cuando vieron venir de la costa de Chalchihuecan hácia la capitana, dos canoas con muchos Mexicanos enviados por el gobernador, para saber qué gente era aquella, qué negocio traian, y para ofrecerle todos los auxilios que les fuesen necesarios á la continuacion de su viaje: lo que hizo ver la vigilancia de aquel caudillo, y la hospitalidad de aquella nacion. Admitidos á bordo de la capitana, y presentados á Cortés, con modales civiles le espusieron su embajada por medio de Doña Marina y de Aguilar; pues por no saber este todavía el mexicano, ni aquella el español, fué necesario en aquellos primeros tratos emplear tres lenguas y dos intérpretes. Doña Marina esponia á Aguilar en lengua maya lo que los Mexicanos decian en la suya, y Aguilar lo esplicaba á Cortés en español. Este general acogió cortesmente á los Mexicanos, y sabiendo cuánto habian gastado el año anterior de las bujerías de Euro-

lo sirvió de intérprete y de instrumento en sus negociaciones con los Tlaxcaltecas, con los Mexicanos y con las otras naciones de Anáhuac, sino que les salvó muchas veces la vida, anunciándoles los peligros que los amenazaban, é indicándoles los medios de eludirlos. Acompañó á Cortés en todas sus espediciones, sirviéndole siempre de intérprete, muchas veces de consejero, y por su desventura, de dama. El hijo que de ella tuvo aquel conquistador, se llamó D. Martin Cortés, caballero de la órden de Santiago, el cual, por infundadas sospechas de rebellion, fué puesto en el tormento en México, el año de 1568, olvidando aquellos inicuos y bárbaros jueces los incomparables servicios que los padres del ilustre reo habian hecho al rey católico y á toda la nacion española (1).

Despues de la conquista se casó Doña Marina con un español llamado Juan de Jaramillo. En el largo y penoso viaje que hizo en compañía de Cortés á la provincia de Honduras, en 1524, tuvo ocasion, al pasar por su patria, de ver á su madre y hermano, los cuales se le presentaron cubiertos de lágrimas y de consternacion, temerosos de que viéndose en tanta prosperidad, con el apoyo de los españoles, quisiese vengar el agravio que le habian hecho en su niñez; mas ella los acogió con mucha amabilidad, mostrando de este modo que su piedad y grandeza de ánimo no eran inferiores á las otras prendas con que el cielo la habia dotado. No me ha parecido justo omitir estos datos acerca de una muger que fué la primera cristiana del imperio mexicano, que hace un papel tan importante en la historia de la conquista, y cuyo nombre es tan célebre entre los Mexicanos y los españoles.

(1) Los que dieron tortura á D. Martin Cortés, y pusieron preso al marqués del Valle, su hermano, fueron dos formidables jueces enviados á México por Felipe II. El principal, llamado Muñoz, hizo tales estragos, que movido el rey por las quejas de los Mexicanos, lo llamó á la corte, y le dió tan severa reprension, que al dia siguiente se le encontró muerto en una silla.

pa, les respondió que solo habia venido á aquellas tierras para comerciar con sus habitantes, y para tratar con su rey de asuntos de la mayor importancia; y para mas complacerlos les dió á probar el vino de España, y les regaló algunas frioleras que creyó les serian agradables (1).

El primer dia de pascua, despues que los españoles hubieron puesto pié en tierra, y desembarcado sus caballos y artillería: despues que con la ayuda de los Mexicanos se hubieron construido con ramas algunas barracas en aquella playa arenosa en que está actualmente la ciudad de la nueva Veracruz, llegaron dos gobernadores de aquella costa, llamados Teuhtlile y Cuicuilapitoc (2), con un gran séquito de criados; y hechas por una y otra parte las ceremonias convenientes de urbanidad y respeto, ántes de entablar la conversacion quiso Cortés, no ménos para empezar bajo buenos auspicios

(1) Torquemada dice que prevenido Moteuczoma de la llegada de la nueva expedicion, por las centinelas de los montes, despachó inmediatamente á sus embajadores para reverenciar al supuesto dios Quetzalcoatl; los cuales, dirigiéndose con gran celeridad á Chalchihucuecan, pasaron inmediatamente á bordo de la capitana, el mismo dia en que aparecieron allí los españoles: que Cortés, viendo el error que padecian, y queriendo aprovecharse de él, los recibió sentado en un alto trono, que hizo disponer á toda prisa donde se dejó adorar, vestido con el traje sacerdotal de Quetzalcoatl, adornado el cuello con un collar de piedras, y la cabeza con una celada de oro, salpicada con joyas &c; pero todo esto es falso. El ejército salió del rio de Tabasco el lunes santo, y llegó el juéves al puerto de Ulúa. Los montes de Tochtlan y de Mictlan, de donde se pudo ver la expedicion, no distan de la capital ménos de 300 millas, ni esta de Ulúa ménos de 220: así que, aunque se hubiese visto la expedicion el mismo dia en que zarpó de Tabasco, era imposible que los embajadores llegasen el juéves á Ulúa. No hay escritor que haga mencion de esta circunstancia; ántes bien de la relacion de Bernal Diaz se infiere que todo es invencion, y que los Mexicanos habian ya enocido el error que ocasionó la primera armada.

(2) Bernal Diaz escribe *Tendile* en lugar de *Teuhtlile*, y *Pitalpitoque* en lugar de *Cuicuilapitoc*. Herrera lo llama *Pitalpito*; Solis y Robertson, que quisieron enmendarlo, *Pilpatoc*.

su empresa, que para dar á aquellos idólatras alguna idea de nuestra religion, que se celebrase en su presencia el santo sacrificio de la misa. Cantóse con la mayor solemnidad posible, y esta fué la primera que se celebró en los dominios mexicanos (1).

Convidó en seguida á los embajadores á comer en su compañía y en la de sus capitanes, procurando atraerse su benevolencia con grandes obsequios. Díjoles que era súbdito de D. Carlos de Austria, el mayor monarca de Oriente, cuya bondad, grandeza y poder, encareció con las mas magníficas expresiones: añadiendo que su soberano, habiendo tenido noticia de aquellas tierras, y del señor que en ellas reinaba, lo enviaba á visitarlo en su nombre, y á comunicarle verbalmente algunas cosas de suma importancia; por lo que deseaba saber dónde le vendría recibir la embajada. “Apénas, respondió Teuhtlile, habeis llegado á este pais, ¡y ya quereis ver á nuestro rey! He escuchado con satisfaccion lo que habeis dicho acerca de la grandeza y bondad de vuestro soberano; pero sabed que el nuestro no le cede en una ni en otra calidad, ántes bien me maravillo que pueda haber en el mundo otro que le esceda en poder; pero pues vos lo afirmais, lo haré saber al rey, de cuya bondad confío, que no solo oirá con placer las nuevas de tan gran príncipe, sino que honrará á su embajador. Aceptad, entre tanto, este regalo que en su nombre os presento;” y sacando de un *petlacalli*, ó caja hecha de cañas, algunas escelentes alhajas de oro, se las presentó al caudillo español, juntamente

(1) Solis reconviene á Bernal Diaz y á Herrera, por haber afirmado, segun el creia, que se habia celebrado la misa en viérnes santo. El autor del Prefacio de la edicion de Herrera de 1730, emplea una erudicion importuna y fastidiosa, para justificar la supuesta celebracion de la misa en aquel dia; pero con licencia de este escritor y de Solis, diré que no entendieron el testo. Bernal Diaz dice en el capítulo 38, que el viérnes santo desembarcaron los caballos y la artillería, é “hicimos, añade, un altar en que muy en breve se dijo misa.” No dice que en aquel mismo dia se hizo el altar; ántes bien dice claramente que se hizo en domingo, despues de la llegada de Teuhtlile.

con algunas obras curiosas de plumas, diez cargas de trages finos de algodón, y una gran provision de víveres (1).

Aceptó Cortés el regalo, con singulares demostraciones de gratitud, y correspondió con otro de objetos de poco valor; pero muy apreciados por aquellos naturales, ó por ser para ellos enteramente nuevos, ó por su aparente brillo. Habia traído consigo Teuhtlile varios pintores, á fin de que dividiéndose entre sí los diferentes objetos de que se componia la expedicion, pudiesen en breve representarla en su totalidad, y ofrecer al rey la imágen de lo que iba á referirle verbalmente. Conocido por Cortés su intento, mandó, para dar á los pintores un asunto capaz de hacer mayor impresion en el ánimo del rey, que su caballería corriese por la playa, haciendo algunas evoluciones militares, y que se disparase á un mismo tiempo toda la artillería; lo que fué observado, con el asombro que puede imaginarse el lector, por los dos gobernadores y por su numerosa comitiva, que, segun Gomara, no bajaba de cuatro mil hombres. Entre las armas de los españoles, observó Teuhtlile una celada dorada, la cual, por ser muy semejante á otra que tenia uno de los principales ídolos de México, pidió á Cortés, á fin de hacerla ver á Moteuczoma. Cortés la concedió, con la obligacion de devolvérsela llena de oro en polvo, bajo el pretesto de ver si el oro que se sacaba de las minas de México era igual al de su patria (2).

Terminadas las pinturas, se despidió cariñosamente Teuhtlile de Cortés, ofreciéndole

[1] Solis y Robertson dicen que Teuhtlile era general, y lo privan del gobierno político de aquella costa. Bernal Diaz, Gomara y otros autores antiguos, dicen que era gobernador de Cuicuilapitoc. Los dos primeros añaden que Teuhtlile se opuso desde luego al viaje de Cortés á la capital; pero consta por mejores autoridades, que no manifestó esta oposicion, hasta haber tenido orden positiva del rey.

[2] Algunos historiadores dicen que Cortés, para exigir la celada llena de oro, se valió del pretesto de cierto mal de corazon que padecian él y sus compañeros, y que solo se curaba con aquel precioso metal; mas esto poco importa á la verdad histórica.

se á volver dentro de pocos dias con la respuesta de su soberano; y dejando en su lugar á Cuicuilapitoc, para que proveyese á los españoles de cuanto podrian necesitar, pasó á Cuicuilapitoc, lugar de su residencia ordinaria, de donde llevó en persona á la corte la embajada, las pinturas y el regalo, como afirman Bernal Diaz y Torquemada, ó bien, como dice Solis, envió todo por las postas, que estaban siempre dispuestas á marchar en los caminos principales.

INQUIETUD DE MOTEUCZOMA; SU PRIMERA EMBAJADA, Y REGALO A CORTÉS.

Fácil es de imaginarse la gran inquietud y perplejidad en que pondrian á Moteuczoma aquellas noticias, y los pormenores que supo acerca del carácter de aquellos extranjeros, del ímpetu de sus caballos, y de la violencia destructora de sus armas. Como dado á la supersticion, mandó consultar inmediatamente á sus dioses, sobre la pretension de los extranjeros, y la respuesta fué, segun dicen, que no los admitiese jamas en su capital. Proviniese este oráculo del demonio, como algunos autores creen, el cual procuraba cerrar la entrada al Evangelio, ó de los sacerdotes, como yo pienso, por su interes propio, y por el de toda la nacion, lo cierto es que Moteuczoma se decidió desde entónces á no recibir á los españoles; mas para proceder con acierto, y de un modo conforme á su carácter, les mandó una embajada, con un regalo ciertamente digno de su régia magnificencia. El embajador fué un gran personaje de su corte, muy semejante, tanto en la estatura como en las facciones, al general español, segun lo asegura un testigo ocular (1). Apénas habian pasado siete dias de la despedida de Teuhtlile, cuando volvió acompañado de este sugeto, y de mas de cien hombres de carga que traian el regalo (2). Cuando se halló el em-

[1] Bernal Diaz del Castillo.

[2] Bernal Diaz llama á este embajador *Quintalbor*; mas este nombre no es, ni pudo ser mexicano. Robertson dice que los mismos oficiales que hasta entónces habian tratado con Cortés, fueron los encargados

bajador en presencia de Cortés, tocó con la mano el suelo, y despues la llevó á la boca, segun el uso de aquellas gentes: incensó al general (1) y á los otros oficiales, que estaban á su lado, lo saludó respetuosamente, y sentándose en un asiento que le presentó Cortés, pronunció su arenga, que se redujo á felicitarlo por su llegada, en nombre del rey; á manifestar el placer que su magestad habia tenido al saber que habian llegado á sus dominios hombres tan valientes, y al oír las noticias que le traian de tan gran monarca, mostrándole al mismo tiempo su agradecimiento por el regalo que le habia hecho, y que en prueba de su aprecio le enviaba otro. Dicho esto, mandó estender por el suelo unas esteras finas de palma, y telas de algodón, sobre las cuales se colocó en buen orden y simetría todo el presente. Este consistia en muchos objetos de oro y plata, aun mas preciosos por su maravilloso artificio, que por el valor de su materia, entre los cuales habia algunos con piedras preciosas, y otros representaban figuras de leones, tigres, monos y otros animales; en treinta cargas de telas finísimas de algodón de varios colores, y en parte tejidas de hermosas plumas; en muchos escelentes trabajos de plumas con adornos de oro, y en la celada llena de este

dos de la respuesta del rey, sin hacer mención del embajador; pero tanto Bernal Díaz del Castillo, como otros historiadores españoles, afirman lo que refiero. Solís, en vista del corto intervalo de siete días, y de la distancia de setenta leguas entre aquel puerto y la capital, no quiso creer que fuese entónces un embajador á ver á Cortés; pero habiendo dicho poco ántes que las postas mexicanas eran mas diligentes que las de Europa, no es de estrañar que llevasen en poco mas de un día la noticia de la llegada de los españoles, y que en cuatro ó cinco días hiciese el viaje el embajador en litera, y á hombres de los mismos correos, como muchas veces se hacia. Pues el hecho no es inverosímil, debemos creer á Bernal Díaz, testigo ocular y sincero.

[1] Este acto de incensar á los españoles, aunque no fuese mas que un obsequio puramente civil, y el nombre de *teteuctin* (señores) con que los llamaban, y que es algo semejante al de *teteo* (Dios), les hicieron creer que los Mexicanos los creían seres superiores á la humanidad.

metal en polvo, como lo habia pedido Cortés, la cual importaba mil y quinientos pesos; pero lo mas admirable de todo eran dos grandes láminas, hechas en figuras de ruedas, una de oro y otra de plata. La de oro representaba el siglo mexicano, y en medio tenia la imágen del sol, y en rededor otras de bajo relieve. Su circunferencia era de treinta palmos toledanos, y su valor de diez mil pesos (1). La de plata, en que estaba figurado el año mexicano, era aun de mayores dimensiones, y tenia en medio la imágen de la luna, y otras al rededor, tambien de bajo relieve. Los españoles quedaron no ménos maravillados que contentos al ver tanta riqueza. “Este regalo, añadió el embajador hablando con Cortés, es el que mi soberano envia para vos y para vuestros compañeros, pues para vuestro rey os dirigirá en breve ciertas joyas de inestimable valor. Entre tanto podreis deteneros todo el tiempo que gustéis en estas playas, para reposaros de las fatigas de vuestro viaje, y para proveeros de cuanto necesiteis ántes de regresar á vuestra patria. Si alguna otra cosa quereis de esta tierra para vuestro monarca, pronto os será franqueada; pero por lo que respecta á vuestra solicitud de pasar á la corte, estoy encargado de disuadiros de tan difícil y peligroso viaje, pues seria necesario caminar por ásperos desiertos, y por países de enemigos.” Cortés recibió el presente con las mayores espresiones de gratitud á la real beneficencia, y correspondió á ella como pudo; pero léjos de desistir de su pretension, suplicó al embajador que hiciese ver al rey los males y peligros que habia padecido en tan larga navegacion, y el disgusto que tendria su soberano al ver frustradas sus esperanzas; que por lo demas, los españoles eran de tal condicion, que ni las fatigas, ni los peligros eran capaces de apartarlos de sus empresas. El embajador prometió decir al rey lo que Cortés le encarga-

[1] Varían considerablemente los autores acerca del valor de estas alhajas; pero yo doy mayor crédito á Bernal Díaz, que lo sabia bien, como que debió tener parte en el regalo.

ba, y se despidió urbanamente con Teuhtlile, quedando Cuitlalpitoc con gran número de Mexicanos, en un caserío que habia formado de cabañas, poco distante del campo de los españoles.

Bien conocia Cortés, en medio de tanta prosperidad, que no podia subsistir largo tiempo en aquel sitio; pues ademas de la incomodidad del calor, y de la importunidad de los mosquitos, que abundan en demasía en toda aquella playa, temia que ocasionase algun daño á sus naves la violencia del norte, á que está muy espuesto aquel puerto: por lo que despachó dos buques, al mando del capitán Montejo, á fin de que costeano hácia Pánuco, buscase un puerto mas seguro. Volvió aquella expedicion al cabo de pocos dias, con la noticia de haber hallado, á treinta y seis millas de Ulúa, un puerto próximo á una ciudad, edificada en una posicion fuerte.

REGALO DE MOTEUCZOMA PARA EL REY CATOLICO.

Entre tanto volvió Teuhtlile al campo de los españoles, y llamando aparte á Cortés con los intérpretes, le dijo que su señor Moteuczoma habia agradecido los regalos que le habia enviado: que el que aquel soberano le remitia entónces, era para el gran rey de España: que le deseaba muchas felicidades; pero que no le enviase nuevos mensajes, ni se tratase mas del viaje á la capital. El presente para el rey católico se componia de muchas alhajas de oro, que importaban mil y quinientos pesos; de diez cargas de trabajos curiosísimos de pluma, y de cuatro joyas tan estimadas por los Mexicanos, que segun afirmó el mismo Teuhtlile, cada una de ellas valia cuatro cargas de oro. Pensaba aquel mal aconsejado rey que con su liberalidad obligaria á los españoles á dejar aquellos países, sin echar de ver que el amor del oro es un fuego que tanto mas se inflama, cuanto mas abundante es el alimento que se le echa. Mucho sintió Cortés la repulsa de Moteuczoma; pero no desistió de su pensamiento, pues el aliciente de la riqueza esci-

taba mas y mas la natural constancia de su ánimo.

Observó Teuhtlile, ántes de despedirse, que los españoles al oír los toques de la campana del Ave María, se arrodillaban delante de una cruz, y lleno de admiracion preguntó por qué adoraban aquel leño. De allí tomó ocasion el P. Olmedo para declararle los principales artículos de la fe cristiana, y para echarle en cara el culto abominable de sus ídolos, y la inhumanidad de sus sacrificios; mas este discurso era de un todo inútil, pues aun no habia llegado para aquellos pueblos el tiempo de la santificacion.

Al día siguiente se hallaron los españoles tan abandonados por los Mexicanos, que ni uno solo se dejaba ver en toda aquella playa: efecto de la orden dada por el rey, de retirar del campo de aquellos estranjeros la gente destinada á su servicio, y las provisiones, si persistian en su temeraria resolucion. Esta inesperada novedad ocasionó gran consternacion entre los españoles, porque á cada momento temian que se desplomase sobre su miserable campamento todo el poder de aquel vasto imperio; por lo que Cortés mandó asegurar los víveres en los barcos, y poner la tropa sobre las armas. No hay duda que tanto en esta, como en otras muchas ocasiones, que aparecerán en el curso de esta Historia, pudo facilmente Moteuczoma desbaratar aquellos pocos estranjeros, que despues debian hacerle tanto daño; pero Dios los conservaba á fin de que fuesen instrumentos de su justicia, sirviéndose de sus armas para castigar la supersticion, la crueldad, y otros delitos con que aquellas naciones habian provocado su ira. No trato de justificar el intento ni la conducta de los conquistadores; pero tampoco puedo dejar de conocer en la serie de la conquista, y en despecho de la incredulidad, la mano de Dios que iba preparando la ruina de aquel imperio, y se valia de los mismos desiertos de los hombres para los altos designios de su Providencia.